



La violencia, ¿una enfermedad contagiosa?

Por Brandon Keim

La idea de que la violencia es contagiosa no aparece en el plan de control de armas de Obama, ni en los argumentos de la Asociación Nacional del Rifle. Pero algunos científicos aseguran que la violencia es contagiosa, y que es necesario comprender esa realidad para poder prevenirla.

Para estos científicos, calificar la violencia como una amenaza a la salud pública no es un recurso retórico. La violencia se expande de una persona a otra como un germen, una idea que causa cambios en el cerebro, y se desarrolla en determinadas condiciones sociales.

En el próximo siglo, la gente podría estudiar la prevención de la violencia a principios del siglo veintiuno como en hoy en día estudiamos el combate contra el cólera a principios del siglo diecinueve, cuando se pensaba que dicha enfermedad era consecuencia de la suciedad y la inmoralidad, cuando en realidad se trataba de un microbio.

“Es importantísimo enfocarnos desde una perspectiva diferente” afirma Gary Slutkin, epidemiólogo de la Universidad de Chicago, fundador de Curar la Violencia, una organización que trata el fenómeno como una enfermedad contagiosa. “Debemos entender la violencia como un asunto de salud pública y un proceso epidemiológico”.

Slutkin fue uno de los organizadores de un taller de la Academia Nacional de Ciencias en octubre, que publicó un reporte de 153 páginas llamado “El Contagio de la Violencia”.

Los argumentos de estos científicos tienen sentido. Entendemos intuitivamente que las personas que viven en un contexto de violencia tienen mayores probabilidades de ser violentas. De acuerdo con Slutkin y sus colegas, éste no es un fenómeno nebuloso, sino una dinámica que puede ser cuantificada rigurosamente, y por tanto entendida.

De acuerdo con esta teoría, la exposición a la violencia es similar a la del cólera o la tuberculosis. Los actos violentos son los gérmenes, que en lugar de alojarse en los intestinos o los pulmones, invaden el cerebro. Cuando las personas son víctimas de la violencia, o testigos recurrentes de la misma, su función neurológica sufre alteraciones, particularmente en el caso de niños y adultos jóvenes, cuyos cerebros son más “plásticos”.

Los canales cognitivos que transmiten la ira se activan con facilidad. Las víctimas de la violencia interpretan la realidad a través de filtros perceptivos en los que los hechos violentos parecen normales, y las amenazas se acentúan. Las personas en este estado son más propensas a la violencia. Los investigadores aseguran que la enfermedad, en lugar de transmitirse a través de la tos, se expande durante las peleas, violaciones, asesinatos, suicidios e incluso los medios de comunicación.

“El tema de fondo es el comportamiento adquirido. Eso es lo que se transmite de una persona a la otra”, asegura Deanna Wilkinson, una profesora del Departamento de Desarrollo Humano de la Universidad de Ohio, quien dirigió la investigación en la ciudad de Nueva York y trabaja con “Cease the Fire Columbus”, un programa que implementa los principios de Curar la Violencia en esa ciudad.

Rowell Huesmann, psicólogo de la Universidad de Michigan, coincide con Wilkinson. “El contagio de la violencia es en realidad una generalización de la transmisión del comportamiento”, asegura. “La forma en que las culturas transmiten normas y creencias a través de generaciones es mediante la observación y la imitación. Pero no hay imprenta genética”.

Por supuesto, no todo el mundo sufre el contagio. Tal como con las enfermedades infecciosas, las circunstancias son determinantes. El aislamiento individual o comunitario – las personas que sienten no tener alternativas o estar desconectados de las normas sociales – permite la expansión rápida de la violencia, tal como los brotes de cólera se multiplican en las aguas residuales.

Desde un nivel macroscópico, estas interacciones producen patrones de violencia parecidos a los de las enfermedades epidémicas. Hay racimos y epicentros. Los actos aislados de violencias seguidos por otros, seguidos a su vez por nuevos actos, y así sucesivamente.

Hay patrones que revelan un retroceso momentáneo, seguidos por nuevas olas de actos por individuos contagiados por quienes ya estaban infectados. “Cuando se realizan los cálculos se vuelve clara la epidemiología de estos patrones”, dice Slutkin. “Los mapas de densidad de los tiroteos en Kansas City, Nueva York o Detroit se parecen a los del cólera en Bangladesh”.

Algunas de las investigaciones más conocidas en este campo corresponden a los análisis de homicidios en Nueva York, los cuales casi se triplicaron entre mediados de los 60's y mediados de los 70's, crecieron en olas durante mediados de los 90's y cayeron estrepitosamente. Como una enfermedad que se consumía a sí misma.

Este comportamiento no solo es válido para las cifras de homicidios, sino también para los incidentes de violencia no letal, lo que coincide con observaciones por otros investigadores: un acto violento estimula actos similares, pero también *otros tipos* de actos. Los asesinatos conllevan a la violencia doméstica, y ésta a la violencia comunitaria, o al suicidio.

A simple vista, podría considerarse que se trata procesos mecánicos que ignoran otros factores –pobreza, drogas, demografía, etc- propias del contexto en que ocurren los actos violentos. Pero esto no es cierto en absoluto, aunque estos factores tampoco explican por sí solos los estallidos de violencia.

“Una de las cosas más importantes a tomar en consideración es ésta: las personas no tienen una respuesta sobre el por qué la violencia aumenta o disminuye” dijo Slutkin. “Algunas veces es por su naturaleza epidémica. No responde a otros factores como el desempleo o las condiciones sociales”.

El tema del contagio de la violencia ha sido ampliamente investigado, pero los estudios son poco conocidos. Aún existe la tendencia a ver la violencia como actos aislados de maldad o locura, particularmente en el caso de los tiroteos y asesinatos masivos que precipitaron el diálogo nacional (*en EEUU – Nota del T.*) en materia de violencia.

Aun cuando se consideran los factores sociales, por lo general se hace de forma general. Para David Hemenway, Director del Centro de Investigación para Control de Lesiones de la Universidad de Harvard, la idea de que la violencia sea contagiosa es más útil como una metáfora, que como una descripción literal.

“Ayuda a entender mejor el asunto”, dice Hemenway. “Si se detecta temprano una infección, puedes ocasionar un cambio importante. Pero si esperas, es difícil implementar una política que tenga un impacto significativo”.

Hemenway afirma que los programas para reducir la violencia con armas de fuego no necesariamente deben suscribir la teoría del contagio, aunque sí pueden beneficiarse de sus principios. Wilkinson coincidió en que la simple adopción de la idea podría ser valiosa, aunque ella y Slutkin son partidarios de mayor difusión de programas de tipo

El enfoque de *Curar la Violencia*, identifica estallidos potenciales mientras trata de cambiar las dinámicas entre los individuos, y contrata a ex-presidarios que intervienen como trabajadores sociales en zonas de conflicto; esto ha resultado en una reducción significativa de los hechos delictivos con armas de fuego en las ciudades de Baltimore y Chicago. Estos esfuerzos han sido reflejados en el documental *The Interrupters*.

Un aspecto fundamental de este enfoque, según Slutkin y Wilkinson, es entender que la cuarentena –el encarcelamiento criminal- es una herramienta limitada, que puede aplicarse en ciertas circunstancias, pero que tendría tanta eficiencia en la lucha contra la violencia como lo haría el encerrar a un enfermo de tuberculosis para detener el avance de la enfermedad.

“Se realiza interrupción y detección. Se examinan casos potenciales. Contratas un nuevo tipo de trabajador, un *interrupción de violencia*, entrenado para identificar quién piensa de determinada manera. Como si fuesen trabajadores de salud siguiéndole el rastro a la gripe aviar” dice Slutkin. “Durante una epidemia de violencia, el tratamiento consiste en el cambio de conductas”.

Esto resulta en el cambio de las reglas de juego, lo que dificulta la expansión de los gérmenes violentos. “Los trabajadores de salud pública evitan la propagación del SIDA mediante la educación, y el cambio de patrones para que todos usen un preservativo”, afirma Wilkinson.

Por el momento, sería apresurado afirmar si estas lecciones de violencia urbana, relacionadas con las drogas y la violencia entre pandillas, podrían aplicarse a tragedias como las de Virginia Tech o Newton, pero hay factores subyacentes que trascienden el aspecto demográfico. “Son parte de un mismo síndrome”, afirmó Slutkin, quien comparó los tiroteos masivos con lo que los epidemiólogos llaman la enfermedad esporádica.

Quienes realizaron estos tiroteos eran personas enajenadas, cuyas mentes estaban desconectadas de las normas sociales. En su aislamiento, las ideas violentas pudieron germinar patológicamente. Como escribió el antropólogo Daniel Lende después del atentado contra la congresista Gabrielle Giffords y otras dieciocho personas, Jared Loughner no sólo tenía un problema mental, sino un problema de violencia.

La idea del contagio de la violencia no forma parte del plan de control de armas del gobierno de Barack Obama, el cual se enfoca mayoritariamente en la disponibilidad de armas y los servicios de salud mental. No obstante, el presidente Obama exhortó a los Centros de Prevención y Control de Enfermedades, a reanudar la investigación pública en materia de violencia con armas de fuego, la cual se detuvo a mediados de los noventa, como consecuencia de la protesta de sectores defensores del derecho al porte de armas contra investigaciones en las que se aseguraba que la posesión de armas no garantizaba la seguridad de los ciudadanos.

Apartando el debate científico, Wilkinson espera que la idea de la violencia como una enfermedad contagiosa contribuya con la difusión de un mensaje. “Es más útil que la retórica del combate al crimen, de reforzar las penas y encerrar a la gente”, aseguró, “necesitamos ayudar a las personas a cambiar su comportamiento”.

NOTA: Brandon Keim es un reportero de Wired Science. Le agradecemos profundamente su permiso para publicar esta traducción de su artículo ***Is It Time to Treat Violence Like a Contagious Disease?***